

La prensa y el mito de la guerra de castas en Chiapas.

El caso de *La Brújula*

Vladimir González Roblero

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

Vladimir González Roblero (1977), tiene estudios en Ciencias de la Comunicación (Universidad Autónoma de Chiapas, UNACH) y en Historia (Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Unicach). Actualmente cursa el doctorado en Ciencias Sociales y Humanísticas opción Historia y Poder Regional en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Unicach, universidad de la que es profesor de asignatura de la carrera de Historia.

Resumen

Durante el levantamiento tzotzil de 1869, ocurrido en la región alta de Chiapas, la prensa, especialmente el semanario sancristobalense *La Brújula*, asumió una actitud protagónica: los artículos editoriales se encargaron de difundir una imagen negativa del indígena, calificándolo de haragán, pernicioso, salvaje, bárbaro y de ideas y costumbres distintas a los ladinos chiapanecos. Con esos adjetivos, los periodistas trataron de arengar a la población para sumarse en contra de la sublevación tzotzil, pues hicieron creer que el objetivo era exterminar a la raza blanca. No dudaron afirmar que se vivía una guerra de castas. Las verdaderas causas, sin embargo, eran otras. La coyuntura del levantamiento fue la prohibición y desmantelamiento de un culto a santos parlantes lo que escondió, en el fondo, una disputa entre las elites ladinas liberales y conservadoras por el control de la mano de obra indígena. El presente artículo analiza los editoriales de *La Brújula*, pues en ellos aparecen las ideas de un hombre singular, Flavio Paniagua, en torno al acontecimiento. (Opinión que sirve de termómetro para darnos idea de lo que, presumiblemente, se pensaba en ciertos círculos de la sociedad coleta).

Los hechos, las causas

Entre 1867 y 1870 los indígenas tzotziles de Los Altos de Chiapas mostraron una actitud hostil hacia los ladinos de esa región. Los hechos, que tuvieron su momento álgido en junio de 1869 con el enfrentamiento que protagonizaron ambos grupos en los alrededores de San Cristóbal de Las Casas, se explican como resultado de las luchas por el control de la fuerza de trabajo entre las elites ladinas liberales y conservadoras.

Los indígenas aprovecharon la coyuntura formada con la aplicación de las Leyes de Reforma en Chiapas, así como la fractura política, para visibilizar un culto a santos y piedras parlantes que profesaban en el paraje Tzajalhemel, en Chamula. El culto trajo como consecuencia que los tzotziles dejaran de asistir, como regularmente lo hacían, a las procesiones religiosas celebradas en San Cristóbal, y al mercado de la ciudad. La ausencia de indígenas, así como las noticias de reuniones en los parajes, puso en alerta a las elites sancristobalenses. No solamente intentaron deshacer el culto, sino que corrieron el rumor de que los tzotziles planeaban atacar la ciudad. Sabedores de la rebelión tzeltal de 1712 y de los levantamientos indígenas que habían asolado al país durante el siglo XIX, los sancristobalenses prepararon su defensa.

Tanto las autoridades políticas como eclesiásticas de la región confiscaron los santos y aprehendieron a los líderes del culto, los indígenas Pedro Díaz Cuscat y Agustina Gómez Cheheb. Poco después de las detenciones, los indígenas, ya bajo la influencia del ingeniero ladino Ignacio Fernández Galindo, incursionaron en comunidades donde asesinaron a varios ladinos. Posteriormente, acudieron a la ciudad de San Cristóbal con la intención de rescatar a los líderes indígenas. Mediante el canje de Galindo, así como de su esposa y un discípulo, los líderes quedaron en libertad. A los tres días regresaron a la ciudad por Galindo. Entonces comenzó la guerra.

Después del enfrentamiento sucedido en los alrededores de San Cristóbal, el gobierno de José Pantaleón Domínguez ordenó una serie de incursiones en las comunidades indias con el objetivo de prender a las “gavillas” que todavía se mantenían insurrectas. Los últimos enfrentamientos se extendieron hasta mediados de 1870. El culto fue disuelto y los indios apaciguados.

¿Cómo se explican estos acontecimientos? El levantamiento tzotzil es resultado de la pugna iniciada entre las elites ladinas por la mano de obra indígena, apenas consumada la Independencia. Pero esta pugna no es más que la expresión de una serie de acontecimientos políticos y económicos ocurridos durante el siglo XIX. A partir de la Independencia las elites nacionales comienzan a fraccionarse al diferir en sus ideas para gobernar al naciente país; lo mismo ocurrió en Chiapas. El clero, en la entidad, como parte de las elites, también jugó un papel importante pues en sus manos recaía el control de los indígenas, considerados, por liberales y conservadores (o federalistas y centralistas, según las coyunturas) como la mano de obra que necesitaban para sus fincas y como la servidumbre para su clase. La crisis política se recrudeció cuando comenzaron a aplicarse las Leyes de Reforma en Chiapas, sobre todo la concerniente a la secularización del Estado, lo que significó, además, el ascenso al poder de una de las elites, la que había enarbolado la bandera liberal.

Los estudios más recientes insisten en el conflicto entre liberales y conservadores, y el rol de la Iglesia, como el contexto que ocasionó el levantamiento. Otros trabajos han querido ver causas netamente agrarias, aunque los indígenas no manifestaran con claridad estas intenciones; entienden las rebeliones, incluida la tzotzil, como resultado de contradicciones de clase. Otros más centran su atención en el culto religioso y en el mesianismo; opinan que los acontecimientos son síntoma de procesos de revitalización o readaptación de la cultura indígena a la ladina.

La prensa, las castas y la guerra

El papel de la prensa en la guerra de castas es de singular importancia. No solamente se dedicó a informar los hechos, o a reproducir comunicados oficiales del gobierno del estado en los que describían, con detalles, el desarrollo de la misma. La prensa asumió una actitud protagonista. En sus artículos de opinión y de fondo, así como los remitidos de otros municipios, llamaban al pueblo, a la raza blanca, a estar preparados contra los posibles ataques indígenas; los calificaban de salvajes, bárbaros, de raza inferior; también hacía

llamados al clero y al Estado para actuar con energía ante los sucesos; y, en general, trataba de mantener alerta a la población blanca ante el peligro que corrían.

El periodismo de entonces propagó la idea de la guerra de castas y reprodujo el estereotipo del indio. Los semanarios, sin embargo, no se encargaron del acontecimiento sino hasta después de haber sucedido el sitio a San Cristóbal, en junio de 1869.

La Brújula, periódico independiente que se editó de 1869 a 1872, fue un vehículo importante para la difusión de ideas en torno a la guerra de castas. Este periódico, cuya aparición representó un hecho importante en el periodismo de la época, se encargó de construir, o reproducir, un estereotipo del indígena.

En uno de sus editoriales consideró mártires de la sociedad a los ladinos que murieron en los primeros sucesos; se habían sacrificado, decían, para evitar “la ruina de la sociedad”. Ya en este artículo, redactado a escaso tiempo del primer enfrentamiento entre los “ejércitos” indígena y ladino, se hacía la diferencia entre el mestizo, considerado un ser civilizado, y el indígena, a quien se le endilgaban los adjetivos “salvaje”, “bárbaro”, “inculto”, entre otros.

El artículo citaba:

¿Quiénes han muerto? Los hijos de ese pueblo que llenos de un civismo inimitable, que comprendiendo el inminente peligro de la próxima ruina de la sociedad, empuñaron el fusil, se ciñeron la espada, tomaron el puñal, la lanza y la pistola, y se marcharon con frente serena y altiva al campo de batalla, lucharon con el proverbial valor de los bárbaros y allí la tumba se presentó con su presencia silenciosa y espantadora, para encerrarlos eternamente en sus oscuros senos. Los hijos del pueblo han muerto, y esas muertes que hubieran sido necesarias si la paz no la hubiera alterado el salvaje, ha sido la primera consecuencia de la guerra.

Esta misma polaridad, que transmitió la visión maniquea de los hechos, se reprodujo en otro artículo que también diferenciaba la condición de los blancos y de los mestizos. En esta ocasión se advertía la peligrosidad del indígena, no sólo por su estado de barbarie, sino

también porque su constitución física superaba a la raza blanca. Esa desventaja ponía en alerta a la población de San Cristóbal.

Todos los pueblos amenazados con mas procsimidad por los salvajes deben quedar en guardia, no deben olvidarse que nuestro enemigo común es robusto, valiente y descarado; y es natural que provean á su conservación con eficacia y actividad: que cada uno de sus habitantes se constituya en un verdadero soldado armado y dispuesto para la lucha contra los bárbaros, porque de otra suerte en la hora y el momento que menos se imagine, seremos invadidos y somos ya testigos presenciales del modo y la manera con que esas hordas de otentores nos atacan.

El periódico cumplía, hasta entonces, una doble función: llamar a la cohesión de la sociedad, en este caso de los blancos y los mestizos, quienes veían amenazada su integridad y su propia ciudad ante los ataques de los indígenas. Por otro lado, alimentaba un sentimiento racista característico de la época. Para el siglo XIX, en México se solía dividir en tres grupos a los indígenas: en civilizados, semicivilizados y salvajes. Por lo visto, los chamulas estaban en los últimos.

Es por eso que una de las propuestas de entonces era civilizarlos, exterminar sus costumbres y tradiciones. La idea era mestizarlos, integrarlos a la cultura nacional para sacarlos del “atraso” en el que se encontraban inmersos. De esta manera se evitarían problemas étnicos y religiosos, como la pretendida guerra de castas.

En el periodismo de entonces se reproducían esas ideas, sobre todo porque quienes se dedicaban a la prensa, al menos en el caso de *La Brújula*, eran personas con cierto prestigio académico, representantes de la élite cultural. En sus páginas se alentaba una política de reducción de indios para poder civilizarlos. Esta misma política también se ofrecía como una estrategia para terminar con la guerra de castas y para evitar futuros conflictos bélicos.

La propuesta hecha desde la prensa era reunirlos para tenerlos al alcance de las autoridades y para que, con el contacto con la clase civilizada, perdieran o disminuyeran sus instintos feroces y salvajes.

La Brújula no cejó en sus comentarios racistas, sirviendo como un elemento importante, junto con los demás periódicos de la época, para la construcción del mito de la guerra de castas.

Se decía:

Los indios, ¿que pretenden con la guerra que han iniciado? Es evidente que solo quieren el exterminio de la raza blanca, volver al estado que guardaban antes de la conquista, levantar altares á sus falsas deidades y ofrecerles sacrificios humanos. (...) ¿Qué son los indios en Chiapas? Son faltos de ilustración y nada conocen de los deberes morales; solo poseen la sindéresis; es decir: los principios naturales de la moralidad: nada conocen de los deberes civiles y para ellos no más ley ni mas autoridad que la fuerza bruta, y por esto aun lo que les fuera alhagüeño como las leyes de sucesión hereditaria no las atienden ni las aplican en general.

Los periodistas no creían que la sublevación indígena era solamente contra la ciudad, sino que también trataron de extender la idea del conflicto a otras ciudades, obviamente pobladas por blancos. Puede discutirse la verdadera intención de esta visión. Quizá era paranoia, tal vez un error de los periodistas de la época; o quizá una estrategia para que San Cristóbal recuperara el poder económico y político que para entonces había perdido. Lo cierto es que el periodismo llamó a la unión de los “blancos”, y reconoció a las poblaciones del resto del estado que habían ayudado a pelear contra los indígenas.

Ya que habían pasado los enfrentamientos entre ladinos e indígenas, la prensa todavía arengaba contra la raza indígena. Y es que Pedro Díaz Cuscat estaba libre, y era considerado el jefe de un “ejército” sedicioso.

La prensa, desde su trinchera, también exigía la intervención del congreso y del clero para evitar nuevos enfrentamientos. Era claro que el recuerdo sangriento, y el temor de una nueva agresión, seguía latente.

Al gobierno le exigían que se establecieran cantones para recluir a los indígenas. Pedían una especie de reservas desde las cuales se les pudiera observar y controlar. También pedían un decreto para obtener recursos “pecuniarios” para combatir a unos indígenas que en cualquier momento podrían levantarse. Exigían, además, una ley que contemplara no el castigo con sangre, sino “rehabilitar a esos hombres funestos que hoy pretenden destrozarnos”. Con ello, decían, se heriría “de una vez y para siempre la cabeza de la revolución”.

Al clero:

Lo invitamos á que no sea un frío espectador en la lucha sangrienta que se viene sosteniendo: queremos que predique, que anatemice, que condene á los indígenas que se filien e intenten seguir manteniendo el fuego de la revolución: queremos que sus palabras lleguen á los oídos de nuestros enemigos para disuadirlos de sus errores, para abrir su corazón á las santas inspiraciones de la verdad, para trazarles la senda del progreso y de la ilustración, para regenerarlos en una palabra”.

Hacia noviembre de 1869 se mantenía el mismo discurso, volviendo a remarcar el papel que debía asumir la Iglesia y la necesidad de mestizar a los indios. A cuatro meses de las agresiones, y ya sin la euforia de los primeros meses, la prensa volvía a plantear que uno de los problemas del indígena era la educación y la religión, por lo que consideraban pedir más dinero al Congreso y a la nación para sofocar de raíz la problemática. Alegaban que el estado carecía de dinero para la educación del indígena y que sólo los filántropos podrían realizar esta labor. Preparaban, de esta manera, el terreno para exigir gastos de guerra, aun cuando ésta ya hubiera concluido.

También apelaban a la influencia social de la Iglesia y de los párrocos; querían convencer al indígena de la necesidad de educarse y de mestizarse para abandonar la

superchería y evitar futuros enfrentamientos. Se pretendía hacerles “comprender las ventajas de la civilización, inculcándoles en sus instrucciones religiosas los principios sociales, y muy especialmente de la unidad y fraternidad proclamados por el cristianismo”.

Después, para mantener viva la llama de la guerra, y conservar alerta a la población blanca, *La Brújula* publicó un artículo en el que consideraba que quienes corrían un verdadero peligro eran las mujeres. Y es que la figura femenina blanca, decían, resultaba más atractiva para la fabricación de ídolos.

Decían:

(...) Por eso comprenden que es mejor una Ciudad que un pueblo: que es mejor habitación la del blanco que la pajiza choza de los que, como ellos, viven en los bosques, selvas y montañas: que es mejor hasta en su fisonomía la muger educada, que la que tiene la fisonomía de los ídolos. He aquí, pues, una de las causas porqué también Cuscat ha dado repetidas órdenes, para que ya no mueran en sus manos nuestras mugeres ni se incendien nuestros pueblos y ciudades. Quedan no obstante vigentes los objetos que ellos apetecen: poseer mugeres nuestras que sean hermosas y los pueblos que les parezcan análogos á sus ideas. ¿Dejarán de existir estas causas? Si es la negativa, hay siempre causa de parte de los indios para la guerra.

Además de la figura femenina se tocaba algo de fondo: la propiedad de las tierras. Fuente de riqueza, herencia del pensamiento de la sociedad colonial, la tierra era un signo de grandeza de la sociedad blanca. Además, decían, la tierra en manos de indígenas no era aprovechada por la “haraganería” y, al contrario, las tierras de los ladinos sí producían, lo que significaba otra fuente de odio y envidia.

Para enero de 1870 no se había abandonado el discurso racista, pero se hacía hincapié en los recursos que debía obtener el gobierno para enfrentar lo que, se pensaba, era una amenaza constante.

El discurso, sin embargo, ya había virado hacia la moderación. Se pedía educación para el indígena, la conversión, de una vez por todas, al cristianismo; el mestizaje y la reducción a pueblos en donde se les podría vigilar y tratar mejor.

Se pensaba, sin embargo, que la aparente tranquilidad podría romperse en cualquier momento. La prensa seguía publicando artículos que mantenían alerta a la población; llamaban a no descuidarse, a mantenerse alertas y atentos hasta la caída de Cuscat.

Así, los artículos de fondo decían:

¡La guerra está en pie! Se ve en los campos y en los pueblos rebelados los vestigios y las huellas de esa lucha desigual que venimos sosteniendo, hace más de un semestre: no hay los más leves indicios de que los rebeldes vuelvan todos á la obediencia; y si hemos concebido alguna vez la ilusión engañosa, de que el Estado se encarrilara en las sendas de la paz y de la prosperidad, ha sido una alusinación funesta, pero hija de la mas buena fé y del más acendrado patriotismo.

Y agregaban:

(...) Potente, muy potente es el enemigo que tenemos que vencer; y la clase civilizada es débil y fácil, fácil de triunfar. Y no cause impresión que usemos de esta frase, que aun pudiera atribuirsenos á poca fé en el triunfo de la civilización y del progreso: no pensamos así; pero repetimos que la clase indígena, mas fuerte, mas tenaz y mas difícil de dominación, mientras que la segunda está desarmada, pobre y dividida por lo ódios de partido y por otros mil motivos que es la ocaion oportuna y conveniente para consagrar aquí.

Después, más moderados, las tendencias manifestaban la necesidad de la unión y de la fraternidad de los pueblos, pero del pueblo de raza blanca. Solamente así, decían, se alcanzaría la anhelada paz. Esa misma unión del pueblo era la que había servido para

enfrentar la guerra de castas, por eso defendían, aunque en otro tono, la diferencia de las razas y encomiaban las virtudes de los ladinos.

Además de erigirse como el divulgador de ideas dominantes, la prensa buscó formar una opinión pública favorable a la “raza blanca”. Este breve análisis de *La Brújula* describe la manera en que se construyó el mito de las castas, al sugerir que los indígenas buscaban exterminar a los ladinos; en respuesta, llamó a los “blancos” a combatir, primero, a mestizar y a educar, después, a los indígenas.

Habría que considerar, para investigaciones más amplias, el impacto real del periodismo en la población. Un estudio a conciencia sobre la prensa decimonónica en Chiapas debe tener en cuenta, entre otras, cuestiones como el analfabetismo, el tiraje de los diarios, su distribución y sus lectores. Solamente así sabremos cuál fue su influencia real en el ánimo de la gente.

Fuentes

Bibliográficas

FLORESCANO, Enrique, *Etnia, estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, Aguilar, México, 1998, (1996, 1ª).

GARCÍA de León, Antonio, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, Era, México, 1999, (1985, 1ª).

JIMÉNEZ Marce, Rogelio, “La construcción de las ideas sobre la raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX”, en *Secuencia, revista de*

Historia y Ciencias Sociales, Instituto Mora, México, No. 54, mayo-agosto de 2004, pp. 80-93.

MARTÍNEZ Mendoza, Sarely, *La prensa maniatada. El periodismo en Chiapas de 1827 a 1958*, Gobierno de Chiapas-Fundación Manuel Buendía, Chiapas, México, 2004.

MOSCOSO Pastrana, Prudencio, *Rebeliones indígenas en los Altos de Chiapas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.

ORTIZ Herrera, Rocío, *Pueblos indios, iglesia católica y elites políticas en Chiapas (1824-1901). Una perspectiva comparada*, Coneculta, Chiapas, 2003.

PANIAGUA, Flavio, *Florinda*, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México, 2003. (1889, 1ª edición, Felipe Jimeno Jiménez, impresor, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas).

PINEDA, Vicente, *Sublevaciones indígenas en Chiapas. Gramática y diccionario tzeltal*, INI, México, 1986 (1888, 1ª.)

REIFLER Bricker, Victoria, *El cristo indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, (1981, inglés).

REINA, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, Siglo XXI, México, 1984, (4ª).

RUIZ, Timoteo, *La guerra de castas de 1869*, s/e.

RUS, Jan, “¿Guerra de castas según quién?: Indios y ladinos en los sucesos de 1869”, en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (ed), *Chiapas, los rumbos de otra historia*, Unam-Ciesas, México, 2002 (1995, 1ª), pp 145-174.

Hemerográficas

Archivo Histórico de Chipas, Hemeroteca “Fernando Castañón Gamboa”, periódico *La Brújula*, (artículos consultados):

1. “Sobre la guerra de castas”, *La Brújula*, No. 14, 23 de julio de 1869, San Cristóbal de Las Casas, p.1.
2. “Tristes consecuencias”, *La Brújula*, No. 14, 23 de julio de 1869, San Cristóbal de Las Casas, p.1.
3. “Indígenas”, *La Brújula*, No. 17, 13 de agosto de 1869, San Cristóbal de Las Casas, p. 1.
4. “Terrible problema”, *La Brújula*, No. 21, 17 de septiembre de 1869, San Cristóbal de Las Casas, p.1
5. “El congreso y el clero del Estado”, *La Brújula*, octubre 8 de 1869, No 25, p.1,
6. “Castas”, *La Brújula*, 19 de noviembre de 1869, no. 31 p.1.
7. “La situación”, *La Brújula*, No 36, p. 1, 24 de diciembre de 1869.
8. “¡Paz, paz!”, *La Brújula*, No. 38, p. 1, 7 de enero de 1870.
9. “Unidad y fuerza, o anarquía”, *La Brújula*, No.41, p. 1, 28 de enero de 1870.